

## CAPITULO CLXV.

Negociaciones entre Napoleon y el principe de la Paz.—Se apodera de Nápoles el Emperador.—Pérdida de Buenos-Aires.  
El general Liniers.

FÁCILMENTE puede comprenderse la consternación que derramó en España el funesto resultado del combate de Trafalgar.

La antipatía que existía contra los franceses hizo mucho mayor, considerándose como la causa de todos aquellos males.

Carlos IV apresuróse inmediatamente á recompensar á los que habían sobrevivido, así como también á las familias de los muertos, ejemplo que, por cierto, no imitó el emperador de Francia, cual si diera poca importancia á aquel suceso.

El 14 de diciembre de 1805 firmóse el tratado definitivo de alianza entre Prusia y Francia, y poco despues el de Austria con ésta, quedando Napoleon reconocido rey de Italia, perdiendo además el austriaco la Suavia y algunos otros estados.

En vano fué que los embajadores austriacos trataran de asegurar la suerte de Nápoles.

Napoleon había formado ya su plan respecto á este reino, y no hubo medio de obligarle á que se comprometiese á nada.

Asociado Nápoles á la coalicion, y habiendo llamado á los rusos y á los ingleses para sublevar á Italia, no era posible que Napoleon se lo perdonase, y los cuarenta mil hombres de Massena en breve espacio se apoderaron del reino y obligaron á Fernando IV y á Carolina á refugiarse en Palermo, mientras que José Bonaparte entraba en Nápoles en 15 de febrero de 1806 con el título de Lugarteniente de su hermano, aun cuando la opinion pública le designaba para ocupar aquel trono.

Lógico era que en España no se llevase á bien semejante acontecimiento, dándose órden al embajador en Paris para que expusiera sus quejas al ministro Talleyrand, negándose á reconocer el nuevo gobierno de Nápoles.

Napoleon hubo de comprender que desde luégo los Borbones de España no habían de mirar con buenos ojos los espolios que estaba haciendo respecto á sus parientes y, por lo tanto, que más tarde ó más temprano tendría que habérselas con éstos.

La conducta usada por el Emperador de los franceses formando reinos y estados que repartía entre los individuos de su familia, como sucedió con Nápoles, con Suecia, con Holanda, y finalmente con la proteccion dispensada á la confederacion del Rhin, amenazaba seriamente á todas las grandes potencias, que no tuvieron otro remedio que hacer un postrer esfuerzo para salvarse.

De nuevo tornó la guerra á encenderse doblemente amenazadora.

Entre tanto España habíase visto obligada á defender con sus propias fuerzas sus posesiones del Nuevo Mundo.

En el mes de abril de 1806, el general peruano Miranda, protegido y ayudado por los ingleses, intentó un alzamiento general que no tuvo resultado.

Al mismo tiempo una escuadra inglesa presentóse á la vista de Buenos-Aires, y haciendo creer al virey que las fuerzas que llevaba eran mucho más numerosas, se apoderó de la plaza en el mes de junio.

El virey no tuvo otro remedio que retirarse á Córdoba, donde comenzó á reunir fuerzas para recuperarla; más D. Santiago de Liniers, capitán de navío, natural de Francia, pero al servicio de España, hizo una proposicion atrevida que fué aceptada, siendo coronada su empresa con un éxito felicísimo.

Comprometiéndose, con sólo seiscientos hombres que se le facilitaran y los marinos que él mandaba como jefe de la escuadrilla sutil de Montevideo, á apoderarse de Buenos-Aires, y efectivamente con las mencionadas fuerzas, cien milicianos del país y ayudado por la escuadrilla del capitán D. Juan Gutiérrez de la Concha, se acercó á la ciudad, intimó la rendición á Beresford, que mandaba en ella, y rechazado desdeñosamente por éste, dió inmediatamente la órden de ataque.

Todas las baterías exteriores cayeron en su poder, y dos días despues se apoderaba de la ciudad, obligando á los ingleses á refugiarse en la fortaleza, donde el 12 de agosto se rindieron finalmente, elevándose el número de prisioneros á mil doscientos y el botin recogido á tres millones de duros.

Al tener noticia de lo ocurrido el Gobierno ingles, envió nueva expedición á las órdenes del almirante Murray, el cual llevaba quince mil hombres de desembarco.

Ocupada la colonia del Sacramento, emprendieron estas fuerzas el asedio de Montevideo, del cual se apoderaron al cabo de cuatro meses, ya en febrero de 1807, y desde allí se dirigieron á Buenos-Aires, donde el valiente Liniers había hecho ya formidables preparativos de defensa.

Lleno de entusiasmo salió á esperar al enemigo al frente de ocho mil hombres, pero fracasó su proyecto y hubo de replegarse á la plaza, donde no tuvo otro remedio que sufrir á los pocos días la valiente acometida de todas las fuerzas enemigas.

Pero la defensa que opuso fué tan enérgica, que, á pesar de haber ocupado el enemigo algunos puntos de la poblacion, no tuvo otro remedio que retirarse, y finalmente pedir capitulacion, considerando como una felicidad poder retirarse cangeando los prisioneros.

Entónces se estipuló que cesarían las hostilidades en ambas ri-

beras del río de la Plata y que evacuaría á Montevideo en el espacio de dos meses, llevándose toda su artillería y pertrechos de guerra, como así sucedió.

El relato de este suceso nos ha hecho avanzar demasiado, viéndonos obligados á retroceder de nuevo á los primeros meses de 1806 para ver cómo Napoleon pudo hacer frente á la nueva campaña que se le presentaba.

Disimulando su resentimiento con España, puesto que así convenía á sus propósitos, pidió que pasasen tropas españolas á la Toscana en reemplazo de las francesas que allí tenía, con lo cual, como dice muy oportunamente un escritor, acostumbraba al gobierno de España á que fuera desprendiéndose insensiblemente de sus soldados.

Cinco mil españoles, bajo el mando del teniente general D. Gonzalo O'Farril, marcharon á Florencia en el mes de marzo de 1806, y al mismo tiempo entablaba una negociacion con el príncipe de la Paz por medio de D. Eugenio Izquierdo, agente español en Paris, el cual, aun cuando sin autorizacion alguna, aprontó veinte y cuatro millones de francos, segun convenio firmado en 10 de mayo, aprobado por Godoy.

¿Qué clase de relaciones, como dice un historiador, eran las que podían existir entre el valido español y el Emperador, máxime cuando la conducta de aquél tantos motivos de disgusto debía haber dado á éste?

Desde 1805, dice Lafuente, con motivo de la segunda alianza con el imperio frances, á consecuencia del convenio celebrado en Paris y de las expediciones marítimas de las armadas combinadas francesa y española, dijo Napoleon al príncipe de la Paz, que si daba pruebas de celo y energía procurando recursos y medios para la eficaz cooperacion de España en aquellas empresas y operaciones contra Inglaterra, adquirirla para siempre su estimacion y tendría en él un apoyo y un protector contra todos sus enemigos interiores y exteriores.

Eran éstos en gran número y de mucho poder, contándose entre ellos la princesa de Asturias, que lo era también de Napoleon, como hija de la reina de Nápoles, y entre los dos, por medio del agente Izquierdo, entablóse ya entónces seguida correspondencia, tratando de impedir que ella y su esposo Fernando heredasen el trono de España.

Tratado el asunto verbalmente entre el favorito y un agente, es un secreto su resolucioin, pero de todos modos, es positivo que no perseveraron en aquel pensamiento, pues á poco vemos á Godoy fijarse en otro diferente, que fué el que le ocupó hasta la catástrofe de España.

De vuelta á Paris Izquierdo, escribióle Godoy (enero 1806), que el príncipe de Portugal estaba demente; que las dos princesas que querían disputarle la regencia eran enemigas de España, y que si S. M. I. lo tenía á bien, él se encargaría de ella.

Comunicado esto á Napoleon, contestó que apoyaría con todo su influjo, y si menester era con las armas, cuanto quisiera hacer el príncipe de la Paz respecto á Portugal, y que estaba dispuesto á contraer todos los compromisos que aquél juzgara necesarios para dicho objeto.

Alentado con esto Godoy y despedido por la guerra que sus enemigos le hacían en Madrid, escribió desde Aranjuez á Izquierdo (20 de febrero) protestando de su ilimitado reconocimiento hacia S. M. I. «Mi seguridad, decía, está en su proteccion; yo puedo experimentar una desgracia, la muerte de nuestros soberanos, y me veo obligado, ántes que llegue este terrible momento, á procurar un medio de vivir al abrigo de toda tentativa... Todo lo que S. M. I. y R. proponga, manifestaba al concluir, será acogido por SS. MM. nuestros soberanos.»

En efecto, á esta carta acompañaban otras sumamente afectuosas y humildes de Carlos y María Luisa, pero á ninguna de ellas contestó el Emperador, y por nota dirigida á Izquierdo (13 de marzo) manifestó no serle posible hacerlo por la oscuridad que en todo aquello veía, siendo necesario que el príncipe de la Paz expresase terminante su deseo.

En su consecuencia Izquierdo escribió dos días despues á su protector diciéndole:

«No proponiendo nada de fijo al Emperador, decía Izquierdo, no respondiéndome categóricamente á su concisa, enérgica y perentoria pregunta, toda negociacion ulterior queda rota... S. M. I., añadia más adelante, quiere que tenga V. E. la confianza para decirle: *Esto deseo, esto conviene, esto me parece*; y luégo modifica segun sus combinaciones los deseos, los intereses de V. E. y adaptarlo todo á algun sistema que tenga meditado... Así pues, si V. E. combina con SS. MM. que la regencia de Portugal es conveniente, sea el título cual fuera, si V. E. cree que un principado entre Portugal y España, capital Olivenza ú otra ciudad, y hasta la mar, etc., una multitud de combinaciones geográficamente políticas, que á mí no me ocurren y pueden ocurrir á las superiores concepciones de V. E., dignese V. E. declararlo como lo tenga por conveniente para que en el modo y en la sustancia pueda yo no salir un punto de lo que me prescriba.»



EL CANÓNICO D. JUAN ESCOIZ.

Riera, editor. Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO CLXVI.

Escándalos en la corte de España.—El príncipe de Asturias.—Su prisión.

Por todo lo manifestado en el capítulo anterior pueden comprenderse ya las aspiraciones y el móvil de los tratos que mediaban entre el príncipe de la Paz y el Emperador, puesto que, en virtud de las comunicaciones posteriores y de las proposiciones de Talleyrand en nombre de Napoleón, Godoy aspiraba á la soberanía de un estado independiente formado sobre las ruinas de Portugal, cuyo proyecto trataba de dorarse dando al rey de España la soberanía de aquel reino bajo el título de emperador de las Españas y de las Indias, en cambio, tal vez, de algunas provincias del otro lado del Ebro.

«La integridad de nuestro país es lo primero,» decía Izquierdo, pero la verdad es, como manifiesta Lafuente, que si el favorito no quería vender un palmo del suelo patrio le iba entregando á un dominador, y el afán de hacerse soberano de un pedazo del suelo peninsular obligábale á perder á los monarcas que en él reinaban sin comprender que él mismo se envolvía en la ruina general.

Como si todos los males que sufría España fueran todavía insuficientes, en el mismo Alcázar existía otra fatal discordia, causa poderosísima para la desgracia que le estaba amenazando.

El origen del encumbramiento de D. Manuel Godoy, origen vergonzoso por demas, llenaba de escándalo á toda la nación, y lo mismo el cuerpo más elevado del reino, como era el Consejo de Castilla, que el más humilde español, todos se sentían avergonzados, y la mancha que partía desde el solio alcanzaba al semblante de todos los españoles.

Las esperanzas únicamente estaban concentradas en el príncipe de Asturias, que, aun cuando desde su juventud no había dado grandes pruebas de bondad, sin embargo, como que había necesidad de buscar algún consuelo y de cifrar alguna esperanza para el porvenir, concentrábase todas ellas en el Príncipe, á quien se atribuían frases y propósitos que quizás no había formulado.

Esto producía el que á su alrededor se formase un partido que fué creciendo conforme el Príncipe iba entrando en años ó iba manifestando su resentimiento contra Godoy, cuya privanza le reducía casi á la nulidad.

El canónigo D. Juan Escoiquiz, escogido por Godoy como preceptor del Príncipe y en el cual creyó encontrar aquél un dócil instrumento de sus miras, tornósele, por el contrario, enemigo, y contribuyó eficazmente á aumentar el antagonismo y el resentimiento que entre el Príncipe y el favorito existían.

Cuando en 1798 cayó Godoy, Escoiquiz creyó llegada la ocasión de realizar sus miras haciendo que el hijo solicitara de su padre permiso para asistir á los consejos, á lo cual no quiso consentir aquél, exasperando con esto á Fernando, mucho más cuando, desterrado el Canónigo á Toledo, vió en este acto la obra de Godoy.

Este parecía poner empeño en sostener y aumentar aquel odio oponiéndose ántes, como ya indicamos, al enlace de Fernando con la princesa de Nápoles, y después que se hubo realizado, á que marchasen los consortes á América en calidad de regentes.

La opinion pública se apoderaba de todo esto y compadecía al Príncipe, y su partido se aumentó de una manera notable con la llegada de la princesa María Antonia de Nápoles, que era enemiga de Napoleón y que traía instrucciones de su madre para conspirar contra Godoy.

Napoleón Bonaparte interceptó varias cartas entre madre é hijo, y agraviados mucho más los ánimos, llegaron las discordias entre la familia real al extremo más lamentable, acusándose uno y otro bando de indignos proyectos.

El 21 de mayo de 1806 ocurrió la muerte de la Princesa, y esto sirvió de origen á suposiciones absurdas que aumentaron la enemistad que ya existía.

Conocidos ya los desaciertos y las miserias que se habían originado al Gobierno y á la corte, pasaremos á explicar los actos que precedieron á la situación fatal de España.

El príncipe de la Paz mostrábase tan tanto enojado con Napoleón, porque éste, preocupado con los sucesos del Norte, parecía no prestar gran cuidado á los del Mediodía, y su mal humor y su disgusto escapábase en frases que el enviado ruso Strogonoff recogía y aumentaba hasta que, finalmente, envió á Londres á D. Agustín Argüelles, á fin de que se entendiera con Inglaterra.

Pero aun no había pasado de Lisboa el enviado, cuando el príncipe de la Paz, celebrando un tratado con el embajador ruso, dió una proclama en la cual llamaba á las armas á los españoles para salvar la patria, sin decir el peligro que la amenazaba, ni los enemigos de quienes se trataba, con lo cual llenó de sorpresa á toda la nación, atrayendo sobre ella realmente los peligros que en vano había tratado de conjurar.

Las memorables batallas de Jena y la entrada triunfante en Berlín cambiaron nuevamente el aspecto de los negocios europeos. Napoleón quedó triunfante, la coalición quedó deshecha y entónces quedó decretado el bloqueo continental contra Inglaterra que llevaba la fecha del 2 de noviembre.

Los triunfos del Emperador aterraron al gabinete de Madrid, é inmediatamente procuró deshacer, por medio de humillaciones nuevas, cuanto hiciera hasta entónces.

Pero Napoleón no olvidaba nada, y aunque por el momento fingió aceptar como buenas las excusas que se le dieron, indudablemente quedó resuelta por él la destrucción de la monarquía española.

La proclama de Godoy en el sentido que acabamos de indicar, y la muerte de la Princesa ocurrida anteriormente, como ya dijimos, produjeron un cambio en la conducta del príncipe de Asturias que, por oponerse y hacerle la guerra á Godoy, entró en tratos con Napoleón, para cuyo efecto el nuevo embajador francés, Mr. de Beauharnais, púsose en contacto con los partidarios del Príncipe.

Al mismo tiempo el embajador halagaba á todos los demás individuos de la familia real y al favorito, aun cuando el verdadero propósito de Beauharnais era el de ganar la confianza del príncipe de Asturias.

Un historiador de nuestros días, al ocuparse de este asunto tan desdichado, le dedica algunos párrafos, de los cuales entresacamos los siguientes:

«También el partido fernandista estrechaba sus relaciones con el embajador francés; el canónigo Escoiquiz, que regresó á Madrid á mediados de marzo, entabló conocimiento con Mr. de Beauharnais, y un día de los de julio, á las dos de la tarde, se avistaron ambos en el Retiro. La hora, el sitio y lo caluroso de la estación, les daba seguridad de no interrumpirlos. Hablaron allí sosegadamente del estado de España y Francia, de la utilidad para ambas naciones de afianzar su alianza en vínculos de familia, y por consiguiente de la conveniencia de enlazar al príncipe Fernando con una princesa de la sangre imperial napolitana, conviniendo el embajador con Escoiquiz en los más de los puntos, particularmente en el último, y quedando en darle posterior y categórica respuesta.

«Siguiéronse á este paso otros, más ó menos directos, pero que nada tuvieron de importantes, hasta que en 30 de setiembre escribió Beauharnais una carta á Escoiquiz en la que, rayando las expresiones de que no bastaban cosas vagas, sino que se necesitaba una segura prenda, daba por lo mismo á entender que aquéllas salían, como así era, de boca de su Gobierno.

«Ninguna prenda juzgó mejor Escoiquiz que escribir secretamente el mismo príncipe de Asturias al Emperador, confirmando la proposición, y lo verificó manifestándole el aprecio y respeto que siempre había tenido á su persona y apellidándole héroe mayor que cuantos le habían precedido; le pintaba la opresión en que le habían puesto, el abuso que se hacía del corazón recto y generoso de su padre; le pedía para esposa una princesa de su familia rogándole que se aclarasen las dificultades que se ofrecían, y concluía por afirmarle que no accedería, ántes bien, se opondría con invencible constancia, á cualquier casamiento siempre que no precediese para todo ello el consentimiento y aprobación definitiva de S. M. I. (1).

(1) Esta carta decía así: Señor: el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que le ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar, á lo menos por escrito, los sentimientos de respeto, estimación y afecto que tengo al héroe mayor que he precedido, enviado por la Providencia para salvar á Europa del trastorno total que le amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

«Las virtudes de V. M. I., su moderación, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo, en fin, me hacía esperar que la expresión de estos sentimientos sería recibida como efusión de un corazón lleno de admiración y de amistad más sincera. «El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte, incapaz de ocultarse á la grande penetración de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma, preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la protección más poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazón con su augusta persona, sino á depositar los secretos más íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre.

«Yo soy bien infeliz de hallarme precisado, por circunstancias particulares, á ocultar como si fuera crimen una acción tan justa y tan loable, pero tales suelen ser las consecuencias fatales de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

«Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre cuyo corazón es el más recto y generoso, no me atrevería á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas cualidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por más propia que sea esta virtud de caracteres semejantes al de mi respetable padre.

«Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I. como yo lo conozco; con qué ansias procuraría mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones! ¿Y habría medio más proporcionado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que también el suyo mismo, á pesar de los fueros de un corto número de malevolos, así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazón apetece; pero no sucediendo así á los egoístas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

«Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes, abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndoles felices al mismo tiempo que á la nación española y á mi mismo. El mundo entero admirará cada día más la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo más reconocido y afecto.

«Imploro, pues, con la mayor confianza la protección paternal de V. M. á fin de que, no sólo se digné concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que pueden oponerse á este único objeto de mis deseos.

«Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto más necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaría insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á sólo el arbitrio de resistir, y lo haré con invencible constancia; mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobación positiva de V. M., de quien yo espero únicamente la elección de esposa para mí.

«Esta es la felicidad que confío conseguir de V. M. I. rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y sellado de mi propia mano y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807.—De V. M. I. y R. su más afecto servidor y hermano.—Fernando.»



ARRESTO DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.